

“arrebatiña”. Y se habló de las cosas del corazón. La mesa estaba puesta ya, el sentimiento de caridad y la simpatía hicieron su obra, y Rosina recibió en aquella casa el bien que no reclama recompensas, que brota como el agua de los manantiales.

Tras el yantar y la oración de gracias, pasóse a esas confidencias que en ciertos trances son de imperiosa necesidad, y al fin la mujer de Paco Madriga salió de allí llevando la seguridad de que una buena familia la recibiría como empleada esa misma tarde.

VIII

Y por fin pudo ver prontamente los tranquilos amaneceres de las conciencias resignadas a la suerte que la vida les depara. En sus razones íntimas, un tanto despabilado el entendimiento mediante buenas inculcaciones de selectos libros, cedidos por la mano amistosa de la señora de Boile, Rosina circunscribió sus afectos al recuerdo de aquellos hijos que alguna vez, seguramente, llegaría a ver. Dos años transecurrieron así, absolutamente áridos de nuevas emociones, y llegó suavemente a comprender el bálsamo que presta el tiempo, como de gota en gota, a los pesares del corazón humano.

Prolongadas veladas y afectuosas confidencias en la mansión de los Boile, acercó durante aquel tiempo los espíritus de las dos mujeres, que fueron de tal modo profundizándose, hasta penetrar a las confesiones recónditas. La señora Boile contaba una cruenta lucha de medio siglo con sus desavenencias conyugales, las pérdidas de hijos y el aminoramiento de bienes, una larga brega para vencer las adversidades. Al calor de las confidencias, la ex-Venus del arrabal, que veía remozarse las visiones de aquellos años de ingenua mocedad, evocaba sus triun-

fos y añoraba el humilde casuchón bajo cuyo alero se bailaron tantas zambas para ella, y en más de una ocasión estuvieron a punto de anonadarse en el crimen dos vidas pendientes del gesto inquisidor de sus ojazos. Pero también tenía remordimientos. Alentaba reproches, Hubiera querido tener ante sus ojos el espectro de la vieja madrastra para inculparla de sus desdichas, hacer que toda la responsabilidad de aquellos dolores fuese sobre ella.

—Recuerdo como si fuera hoy — solía decirle a la señora Boile — aquel día en que Aurelio Ramírez me dijo: “la calle es ancha”... ¡Cuántas veces lo he tenido presente! y, ¿quiere usted creer una verdad sagrada?... Los años me acercan al recuerdo de aquel chico, y cuando no puedo conciliar el sueño, mis horas corren tras mis hijos y tras él... ¡No sé que fenómeno extraño! ¿Habrá muerto?...

IX

En las esferas artísticas caían derrumbados los adjetivos con que la prensa y la opinión solían mimar a sus artistas predilectas. Venía en gira mundial “Aristides Guerra”, el trágico más intenso de su tiempo, el favorito de Talía. Doña Elvira de Boile, durante sus viajes europeos, había estrechado leal amistad con el actor, quien había tenido la poca grata sorpresa de no poder impedir el suicidio de un hermano de la señora en Monte Carlo, y el cual érale por afecto, más amado que su propio padre. Tales circunstancias primaban para que en aquella casa, al saberse la noticia del arribo, se hiciesen los preparativos necesarios para tributarle homenajes de buena amistad.

El mejor coliseo iniciaba su abono con grandes anuncios. La sátira “diarista” ensayaba sus adjetivos en menoscabo de las “saltimbanquis” metropolitanas. Un rey de la escena nunca hubiera